

Francisco Díaz Klaassen  
**EN LA COLINA**

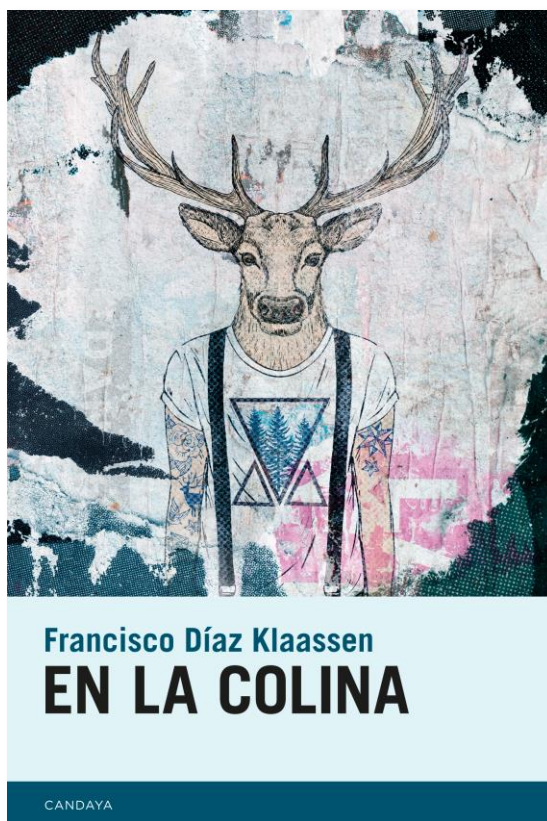
*El eterno retorno  
generacional narrado con  
despiadada compasión y  
ráfagas de poesía sublime.*

*Candaya Narrativa, 60*

Primera edición: junio de 2019  
Diseño de la colección: Francesc Fernández  
Imagen de cubierta: Francesc Fernández

ISBN: 978-84-15934-67-7  
21x14 cm; 128 págs.

PVP: 15€



### FRAGMENTO DE *EN LA COLINA*

En esa época yo todavía llegaba algunas noches curado a escribirte.

Remontaba la colina haciendo zigzags y cuidándome de no tropezar con las hojas húmedas del otoño.

Llevaba en los bolsillos galletas de la fortuna que leía cuando me lo permitía la borrachera.

Es decir casi nunca.

Había aprendido que me mareaba menos si caminaba encorvado mirándome los pies.

La clave estaba en hacer calzar el vaivén de los pasos con el vértigo esporádico del alcohol.

También en caminar con la boca cerrada apretando los puños con fuerza al respirar por la nariz.

El sudor que se formaba debajo de las uñas me servía

de distracción.

Se trataba de un equilibrio precario, como te puedes imaginar.

Al igual que con cualquier ejercicio de funambulismo lo importante aquí era no salirse del alambre.

Y el éxito estribaba evidentemente en encontrarlo.

Poco bastaba para echar a perder ese equilibrio.

Si levantaba la vista un cosquilleo me recorría la garganta.

Si ralentizaba la marcha la cabeza se me hacía pesada y me sentía desfallecer.

Era como si mis órganos quisieran correr a contemplar la noche estrellada y solo cerrando la boca y regulando el paso pudiera impedirles escapar.

A veces pasaba meses enteros sin acordarme de ti.

Subiendo y bajando la colina ensimismado.

Fumando en callejones oscuros y a través de mosquiteros y ventanas abiertas.

Sacando la basura cada domingo por la noche.

Jugando a los bolos todos los martes y jueves.

Entregado como puedes ver por entero y como en un trance a las distracciones diarias que me ofrecía mi nuevo país.

O al azar si lo prefieres.

Con lo que te quiero decir que los bandazos de la rutina podían más que la nostalgia.

Y tú te perdías lentamente entre exámenes por corregir y señoras maduras con las que flirtear en el gimnasio o en el supermercado o en el autobús.

En esos meses de inconstancia y alternancia me sentía tentado a abrazar por fin mi destino.

O al menos uno de ellos.

Bajando la colina para ir a trabajar, subiéndola borracho después de visitar algún bar, me atrevo a decir que era feliz.

A veces incluso sonreía de repente, sin previo aviso, de la nada.

Me sonreía solo o le sonreía a las ardillas que se me cruzaban en el camino.

¿Te das cuenta?

Le sonreía a esos animalejos o me sonreía a mí mismo.

Sonreía aun cuando no ignoraba que lo que yo hacía allá abajo, cuatro veces a la semana, cinco si alguien se enfermaba, no iba a alterar el mundo, el curso de los planetas, el funcionamiento del universo.

Quizás no estaba del todo seguro pero lo debía al menos intuir.

De hecho es posible que fuera ese uno de los primeros motivos de esa felicidad.

Lo que yo hacía por cierto era enseñar lengua y literatura.

Dos cosas que probablemente no se pueden enseñar.

Ni mucho menos aprender.

Algo que los jóvenes de mi nuevo país me demostraban en cada clase, con cada examen, ante cada pregunta, desde cada mañana hasta cada tarde que pasábamos juntos.

Tal vez por eso vinieran acompañadas de tan poco dinero esas enseñanzas.

El suficiente sin embargo para remontar la colina borracho varias veces a la semana.

Sin pensar en ti, como recordarás.

Pero entonces llegaba tu cumpleaños, o entonces llegaba mi cumpleaños, o entonces mi mejor amigo se empezaba a culear a mi ex esposa, y yo te volvía a escribir.

En un equilibrio cada vez más precario.

(Hay cosas que solo funcionan cuando están a punto de no hacerlo más.)

En cierta ocasión casi choco con un ciervo.

Los dos nos asustamos tanto que al principio nos quedamos quietos con la boca y los ojos abiertos.

Estimo que análoga a mi fijación por mis pies debe haber sido la suya con la grama recién rociada de mis vecinos, y que esa feliz coincidencia precipitó nuestro encuentro esa madrugada.

Ardides de dos viejos zorros para sobrevivir la última hora de la noche en el bosque.